

Índice

Prólogo de Carlos Espinosa de los Monteros	9
01. La irresponsabilidad social	17
02. El sentido de la medida	23
03. La educación responsable	29
1. Evitar la sobreprotección	29
2. El esfuerzo como motor para alcanzar metas	34
3. Los límites sociales	40
4. Los principios éticos en los modos de conducta .	46
4.1. La regeneración ética.....	46
4.2. Las referencias sociales. El papel de los medios de comunicación. Los liderazgos	52
5. El valor de la libertad responsable.....	58
6. Pluralidad, libertad y armonización social.....	63
04. La economía responsable	69
1. La aportación al medio social.....	69
2. Priorizar lo esencial sobre las apariencias	74
3. Premiar el esfuerzo.....	80
4. Compaginar progreso, ecología y solidaridad social.....	85
5. Potenciar una investigación orientada a mejorar el medio social.....	91
05. La administración responsable	97
1. Fijar los límites del papel de la administración..	97

2. Una administración sostenible económicamente.....	102
06. La unidad familiar responsable	109
07. Las etapas hacia la sociedad responsable	123
1. En el ámbito institucional	125
2. En el ámbito económico	125
3. En el ámbito educativo	126
4. En la unidad familiar	127
Notas	131



Prólogo

A lo largo de mi vida he tenido el honor y la satisfacción de prologar libros de varios autores. La única condición que he puesto para hacerlo, siempre la misma, ha sido la de compartir muy mayoritariamente las tesis del autor. Este es el caso. Comparto con David Díez Llamas todas las ideas que ha vertido en este libro que tienes, querido lector, entre tus manos, con una única excepción: la posición que, desde hace años, mantiene con tanto entusiasmo como, a mi juicio, falta de realismo, en pro de la autonomía leonesa.

Este libro es un auténtico libro-denuncia sobre una realidad que no nos gusta, pero el autor no se queda ahí. No se conforma con denuncias, señalando con inteligencia y claridad, las principales áreas de nuestra sociedad en la que ha arraigado la irresponsabilidad. Además, de forma valiosa en cada uno de los capítulos indica cómo deberíamos actuar, para concluir con propuestas concretas que devolverían a nuestra sociedad a la senda de la responsabilidad que nunca debería haber abandonado.

En la misma línea de los regeneracionistas españoles, Díez Llamas apela al final de la obra a emprender, a través de varias etapas, y aunando esfuerzos de individuos e instituciones, la labor de hacer de la sociedad española una sociedad responsable.

Largo y duro trabajo, pues cambios de esta naturaleza no son posibles si no van precedidos de un profundo cambio cultural en el que se modifiquen las actitudes, y muy especialmente

las de aquellos que puedan servir como referente para el resto de los ciudadanos.

Irresponsables es una obra en la que se define una sociedad que es capaz de valorar las decisiones que toma, de asumir sus consecuencias y de responder frente a los afectados por esas decisiones. Y una sociedad será tanto más responsable cuantos más individuos, especialmente dirigentes, se comporten previendo, conociendo y asumiendo las consecuencias de sus actos. Son por tanto los individuos que integran la sociedad, los responsables de que esta lo sea o no.

La responsabilidad es un valor, en el plano moral, que está en la conciencia de las personas y que le lleva a cumplir con sus obligaciones poniendo atención y cuidado en lo que decide y en lo que hace. Para Kant la responsabilidad era la virtud individual de concebir libre y conscientemente los máximos actos posibles universalizables de nuestra conducta.

Por otra parte, el concepto de responsabilidad jurídica aparece cuando un individuo, y recientemente una empresa o institución, transgrede un deber de conducta recogido en una norma jurídica establecida. En cualquier caso me parece difícil concebir a la responsabilidad como algo distinto al complemento necesario del ejercicio de la libertad.

Curiosamente *Irresponsables* se inicia con un capítulo sobre la irresponsabilidad social en una especie de contraposición entre el mundo del «ser» y el del «deber ser». Cree el autor, y con razón, que la sociedad española actual, de principios del siglo XXI, está tarada por una elevada dosis de irresponsabilidad en muchos ámbitos de la vida. Es como un cáncer que nos estuviese invadiendo el organismo y al que por ignorancia, pereza o conformismo no quisiésemos combatir. Muchos de los males que nos suceden en los últimos tiempos, a los españoles, y a los europeos, añado yo, tienen su origen en el rapidísimo avance de una serie de prácticas y actitudes

irresponsables de unos y otros, de todos nosotros, que han ido minando la fortaleza y la capacidad de reacción de una sociedad que se ha quedado, demasiado deprisa, sin defensas.

Observando el caso español no parece exagerado afirmar que los españoles, al socaire de la enorme transformación que ha vivido nuestro país a lo largo de la últimas décadas y que se ha traducido en un espectacular aumento del nivel de vida de todos ellos, han abandonado en unos casos y modificado sustancialmente en otros, su orden de valores.

Esta corrección ha sido grave en demasiados de los casos porque los valores sobre los que se cimentaba la sociedad española cuando no abandonados, han sido sustituidos por valores de inferior consideración moral.

La pérdida del respeto a la ley y a las instituciones de todo tipo, el desprecio a los compromisos adquiridos, la resistencia a asumir obligaciones y deberes, la práctica de la mentira, la existencia del fraude generalizado y la extensión de la corrupción configuran un negrísimo panorama. En poco tiempo se han socavado principios que han caracterizado a los españoles durante siglos de historia, dañando seriamente la imagen de nuestro país.

España «cuna del péndulo», decía un viajero inglés que recorrió nuestro país en el siglo XIX. Después de 40 años en que los derechos individuales fueron seriamente cercenados, hemos pasado en muy poco tiempo de ser educados, a ser malamente educados, en el ejercicio legítimo y reclamación sin límite de todo tipo de derechos. Nuestra Constitución de 1978 y la interpretación que de ella ha hecho el Tribunal Constitucional constituye el listado más exhaustivo de derechos de ningún texto comparable. Y frente a tanto derecho, ¿quién le ha informado a la sociedad y a los individuos que la democracia supone la asunción de deberes para que los demás puedan ejercer también sus derechos? ¿Quién le ha hablado de límites, de que nada es infinito?

Por el contrario, el populismo y el pseudoprogresismo hizo creer a gran parte de la ciudadanía que el Estado podría proveer gratis o subvencionado en gran parte todo cuanto apeteciese al individuo: educación, sanidad, vivienda, transporte, ocio, turismo, etc. Cuando la crudeza de la realidad nos ha puesto ante la evidencia de que no todo lo socialmente deseable es económicamente posible ha aumentado el grado de insatisfacción y de indignación de una sociedad que se había acostumbrado cada vez más a no valerse por sí misma.

El libro pasa revista con gran acierto a las principales causas de que hayamos vivido este proceso y nos hayamos instalado en el mismo. Destaca, por la importancia que tiene, el análisis que se hace de cómo debería ser una educación responsable y de cómo los cambios y mutaciones sufridos por la sociedad española han derivado en un esquema en el que han convivido la excesiva sobreprotección de los niños, con la pérdida de papel central que debe tener en todo proceso educativo la cultura del esfuerzo y el compromiso individual dentro de un marco de solidaridad y cooperación.

Una sociedad responsable, manifiesta el autor con gran acierto, es una sociedad que se fija unos determinados límites en su actuación y cuya regeneración solo podrá venir aumentando la cohesión social alrededor de una serie de valores fundamentales. Una sociedad más fuerte es también una sociedad más cohesionada, pues la unidad resulta un valor esencial de cara a la superación de los problemas.

Parece claro que, como denuncia Díez Llamas, la apatía y el pasotismo social se han colado en casi todos los rincones de la sociedad y son factores que o se remueven pronto o frenarán el crecimiento social y económico pues actúan de forma muy corrosiva sobre el tejido social, llevando a la inacción de los resortes que todo grupo tiene.

En situaciones, o momentos históricos como los que vivimos la pedagogía tiene un enorme papel que desarrollar y aquí

también debe colaborar todo el mundo. Es cierto que nos faltan intelectuales que puedan servir de referencias pero la pedagogía se puede ejercer desde muchos ángulos. Todo el que tenga alguna «auroritas», todo el que tenga la oportunidad de realizar desde su posición algún tipo de magisterio: padres, maestros, profesores, entidades de la sociedad civil, iglesias, medios de comunicación, sindicatos, políticos, etc., todos tenemos una obligación que es la de enviar a la sociedad los mensajes adecuados que pasan por tener un sentido del bien común y del interés general.

Cuando seamos capaces de anteponer en nuestros mensajes al resto de la sociedad, estos dos valores, estaremos caminando por el buen camino.

Libros como éste, que he tenido el gusto de prologar, aparecen en ese camino como una luminosa linterna llena de atractivas ideas y valiosas sugerencias.

Carlos Espinosa de los Monteros
Técnico Comercial y Economista del Estado

«El hombre no es nada en sí mismo. Solo la oportunidad infinita.
Pero él es el responsable infinito de esta oportunidad».

Albert Camus



La irresponsabilidad social | 01

Entiendo que si hay algo que podría caracterizar la crisis económica actual y sería su principal desencadenante es la «irresponsabilidad social» con la que se ha actuado desde muchos y diferentes ámbitos.

Es un acto irresponsable en sí mismo el que lleva a considerar que «el otro es el irresponsable» y por tanto el causante de los diferentes males sociales mientras que yo me comporto con gran responsabilidad. Esto es algo que podemos ver en general en aquellos que actúan desde la oposición, ya sea como partido o en el mundo sindical. Somos muy poco dados a buscar en nosotros mismos los errores que se hayan podido cometer y es mucho más fácil y cómodo encontrarlos en el adversario. Así se hace complicado avanzar en las soluciones pues los cambios que demandamos los deben hacer otros.

Es un acto irresponsable cuando muchos ciudadanos han acometido gastos que no se sustentan con sus ingresos. Cuando se han endeudado por encima del nivel que podría admitir su situación económica y más aún cuando ese endeudamiento lo ha sido para gastos que no entraban en lo que eran sus necesidades básicas. Pero también han actuado de forma irresponsable quienes han concedido créditos sin un aval de garantías suficientes simplemente para cubrir los objetivos que les han asignado en un momento dado. Así nos hemos encontrado que en ocasiones han sido las propias entidades financieras las que han impulsado a sus clientes a aumentar su endeudamiento a un nivel poco asumible en función de sus condiciones de vida.

Ha sido una gran irresponsabilidad cuando se ha actuado mintiendo a la comunidad. Es el caso de un gobierno griego de modo que en el origen de sus crisis encontramos el falseamiento de sus cuentas públicas. Es muy complicado que con esos antecedentes luego se vaya a los mercados a solicitar crédito; se puede decir: «si me has engañado una vez, ¿quién tiene la garantía de que no vuelvas a hacerlo?».

También han actuado de un modo irresponsable unas agencias de calificación que daban unos óptimos resultados a bancos que se iban a la quiebra una semana después. La fiabilidad de sus calificaciones se pone en cuestión pero, ¿quién es capaz de sustituirlas con un mayor nivel de garantía? Incluso cabría decir que para evitar estas acusaciones posteriormente dichas agencias han tendido a aumentar el nivel de severidad en sus calificaciones, mirando más por ellas mismas que por la sociedad en general.

Se ha mostrado como un sistema ineficaz y peligroso aquel que ha llevado a los políticos a gestionar las cajas de ahorro. Su acceso a la dirección general se hace en función del equilibrio de fuerzas que se pudiera dar en el territorio de actuación y no por sus condiciones de profesionalidad o de adecuación al cargo. Eso ha supuesto que en la gestión de los recursos en ocasiones se haya actuado en función de criterios ideológicos e incluso de proximidad al partido.

Es irresponsable que en una situación de crisis y falta de recursos se demande mantener o incrementar los servicios públicos. Desde posiciones de egoísmo se tiende a decir que «los sacrificios los hagan otros» siendo esto algo bastante habitual. Podremos debatir cómo se deben distribuir esos sacrificios, pero asumiendo que deben empezar por uno mismo lo demás es algo extremadamente fácil.

Nos hemos instalado en un modelo social excesivamente acomodaticio en el que demandamos que se nos resuelvan los

problemas desde la administración pública sin buscar colaborar con la situación. Es una sociedad muy individualista.

Las administraciones públicas han actuado en demasiadas ocasiones derrochando los recursos propios y endeudándose muy por encima de lo que se pudiera considerar aceptable. Es posible que ello se haya hecho buscando el beneficio de la ciudadanía o simplemente buscando presentarse en las elecciones con obras y actuaciones ante el electorado. El reconocimiento de esta circunstancia ha hecho que se modifique la propia Constitución para fijar por ley lo que no hemos podido hacer por sentido común.

Es irresponsable que en momentos que precisan actuaciones urgentes en materia económica haya partidos que, buscando pescar en río revuelto, plantean sus objetivos de alcanzar la República o el reconocimiento de la autodeterminación. Siendo perfectamente legítimos es muy discutible que sea el momento para plantearlos.

En las situaciones complicadas se hace necesaria la comunidad de esfuerzos incluso desde la discrepancia. Es cuestionable hasta qué punto se ha mirado la crisis actual desde la colaboración en el afán de superarla o más bien como la oportunidad para minar al rival político (y ello desde diferentes ámbitos ideológicos).

En los medios de comunicación y especialmente en la televisión se ha actuado desde la irresponsabilidad de difundir una sociedad sin valores éticos en la que todo es posible y los referentes de conducta no son los que muchas personas desearíamos para nuestros hijos. Así encontramos programas en los que se juega al «cambio de madre» en una familia o a ver quién es capaz de mantenerse más tiempo sin orinar (aun cuando en algún caso ello haya supuesto la muerte del concursante en tan estúpido concurso).

Se ha producido una *laicalización* social que no ha llevado a sustituir unos modelos éticos por otros. Una sociedad que

prima la comodidad y castiga el esfuerzo ha evolucionado hacia una laxitud ética. Incluso podríamos decir que tienden a establecer una unión entre «el bueno» y «el tonto». Es como si el ser inteligente fuese un atributo más propio del «malvado» que de la persona bondadosa. Ello ha llevado a que incluso a nivel comercial se presuma de ser «chica mala», lo que sería algo así como transmitir que «lo malo es lo bueno». No se discuten los principios que se pudieran asociar a una buena conducta, no entran en debate distintos modelos éticos de comportamiento, simplemente se elogia «el mal». Por otro lado podríamos decir que se viene a considerar a la persona con unos principios éticos como asexualada. Sexo y ética tienden a caracterizarse como contrapuestos.

Todo el medio social evoluciona hacia la comodidad. Así por ejemplo, mientras antes había que hervir la leche y adquirirla cada día, ahora se compra en envases con meses de caducidad y sin necesidad de proceso alguno para tomarla directamente. En la televisión la comodidad se traduce en la presencia del mando a distancia. Ya no escribimos cartas postales y la comunicación se establece vía Internet o sms con mensajes muy cortos. Los ejemplos pueden ser muchos más pero estos nos valen para indicar que un eje central de evolución social tiene su reflejo en la comodidad. A nivel ideológico la comodidad se traduce en abandono de las posturas revolucionarias cualquiera que sean: la revolución exige demasiado esfuerzo por lo que hay un abandono de los grandes ideales revolucionarios.

Otro signo de evolución social es el avance hacia posturas más individualistas y con menor contenido social. Se buscan soluciones al problema que pueda tener cada uno y solicitamos el esfuerzo del vecino para dar salida a nuestro dilema.

En una civilización en la que se prima la imagen y los «fuegos fatuos» tal vez estamos perdiendo demasiado tiempo y esfuerzo en aparentar lo que no somos. Es como si el medio social jugara a disfrazarse fijándose mucho más en la calidad

del disfraz que en la de la persona que lleva ese disfraz. Se busca más aparentar que las cosas se hacen bien que verdaderamente avanzar en mejorar la calidad del producto en cuestión. En este tipo de cosas también podemos encontrar algunas de las causas que explicarían la crisis económica, por cuanto también ello incide en esa sociedad que hemos ido creando desde la ficción de «lo que no es» con la única intención de que «pareciera que era». Al fin y al cabo es lo mismo que ha pasado en el mundo financiero, donde los gastos se sustentaban en un dinero que no se tenía, hasta que esas ficciones terminan por estallar. Es un mundo en el que lo ficticio ha cobrado más importancia que lo real y ese artificio termina por caer.

Se trata de una realidad virtual en la que cobra fuerza la imagen y en la que se busca aparentar lo que no somos (más jóvenes, más ricos...). Todo ello hace que se debiliten los cimientos sociales. Si los recursos los centramos en mejorar la imagen y la apariencia, los detraemos de buscar perfeccionar las condiciones de vida reales del medio social.

Asociamos esa evolución de la primacía de la imagen con esa sociedad acomodaticia a la que hacíamos alusión anteriormente. Por decirlo de algún modo, leer cuesta más esfuerzo que mirar. Por ello vemos un desarrollo del mundo de la imagen mientras que desciende el porcentaje de personas que leen periódicos y el tiempo que dedicamos a ello.

Otro factor que ha ido cobrando progresivamente importancia en la evolución social es la rapidez. Vivimos en una sociedad cada vez más apresurada y que concede menos tiempo a la reflexión (que exige más pausa). En la propia crisis se demandan decisiones rápidas en el tiempo y los acontecimientos se miden en función de la hora a la que se producen en cualquier lugar del mundo. En nuestra propia cotidianidad cada vez disponemos de menos tiempo, es como si la vida se nos fuese escapando casi sin darnos cuenta. Habría que considerar si el empleo que hacemos del tiempo responde

adecuadamente tanto a lo que son las necesidades sociales como a las propias e individuales.

Es una irresponsabilidad el tiempo que esta sociedad dedica a crear ficciones, a hacer fuegos fatuos. Habría que liberar esos espacios temporales para encontrarnos a nosotros mismos, para dar tiempo a pensar e interpretar los acontecimientos. Cuántas veces se nos da una determinada noticia de relevancia sin que vaya unida a alguna explicación. Es como una sucesión de imágenes que nos superan en nuestra capacidad de asimilación. Tal vez habría que dar oportunidad a seleccionar las entradas de información para luego poder tratarlas con mayor profundidad. Podemos incluso pensar que en el ámbito de la alta dirección política también sucede algo de esto mismo y que la rapidez de los acontecimientos les obliga a tomar decisiones con rapidez, pero tal vez sin el adecuado grado de reflexión.

La evolución y el avance social se producen desde el mundo de las ideas, ya sea en el plano científico o del pensamiento social. Hay que estimular que se produzcan, que existan canales suficientes para difundirlas y que puedan llegar a plasmarse en el medio social. Podemos decir que esta sociedad irresponsable no estimula suficientemente la creatividad y el esfuerzo. Son demasiadas las veces en las que las personas que llegan a puestos de responsabilidad no son las más capaces, sino las que mejor se han adaptado a esa sociedad de las apariencias. Desde esos puestos directivos extienden su propia incompetencia. Se premia el seguimiento de las directrices antes que el tener criterios propios. Los mansos molestan poco y la innovación siempre lleva aparejada un cierto grado de rebeldía. Pero ese modelo social y empresarial es irresponsable y lleva a una sociedad que no avanza, que solo trata de cubrir las apariencias. Debemos avanzar desde una sociedad irresponsable hacia la sociedad responsable.

El sentido de la medida|02

En la sociedad en que vivimos podemos decir que demasiadas veces operamos como si no hubiera límites, como si todos y todo pudieran llegar al infinito. Esa consideración cabría aplicarla desde el dinero de la Administración hasta nuestra relación con el medio ambiente y los recursos naturales.

Sin embargo las cosas no son infinitas. Hay límites en los recursos y por ello en una sociedad responsable debemos estimular que exista un sentido de la medida que nos lleve a aumentar la prudencia en su utilización. Para ello se hace necesario conocer los límites y evitar a los demagogos que nos dibujan horizontes que, aun siendo hermosos, resultan imposibles de alcanzar desde la responsabilidad.

El sentido de la medida nos obliga a planificar más allá del presente. No es aceptable una clase política que mira únicamente su mandato y cuando este termine, «el que venga que arree».

Hay que establecer una relación clara y directa entre alcanzar un determinado bien y los costes asociados a cumplir este objetivo. La valoración que finalmente hagamos del mismo dependerá tanto de lo que nos aporta ese bien como de su coste.

Es conveniente que ese sentido de la medida impregne todo el medio social de forma que se instale en la mentalidad colectiva. Nos referimos a que cuando pidamos una cerveza, por ejemplo, se nos añada la cantidad de cerveza que demandamos. Que cuando vamos por una calle no solo

encontremos el nombre de la misma sino también la distancia a un punto de referencia, que en los andenes del tren podemos encontrar paneles indicativos con números de modo que podamos saber dónde va a parar el vagón que nos corresponde y cuando va a llegar nuestro tren.

Creemos que un país que ha avanzado mucho en desarrollar este sentido de la medida es Alemania. No en vano es también un país que en el plano económico se ha convertido en referencia. Todos hemos ido aprendiendo a conocer el diferencial que se establece entre el interés que se paga por los bonos de un determinado país (España, Italia, Grecia, Irlanda...) respecto a los bonos alemanes. Es un indicativo claro de la salud económica de ese país, de modo que la intervención del mismo se decide en buena medida en base a que ese diferencial supere unos límites determinados que se consideren inaceptables.

Si Alemania es una referencia en positivo frente a otros modelos sociales en negativo como Grecia, debemos ahondar en conocer los rasgos diferenciales de la sociedad alemana frente a aquellas otras que están padeciendo en mayor medida la crisis. Entendemos que precisamente uno de los principales rasgos que caracterizan a la sociedad de Alemania es su sentido de la medida, que lleva aparejado también el de la precisión.

El sentido de la medida lo podemos asociar al de la prudencia: las cosas no son infinitas y hay que administrarlas en el tiempo para nuestra generación pero también para todas aquellas que nos sucedan.

En el plano de gestión empresarial y administrativa tener sentido de la medida implicará que no se fijen metas utópicas o imposibles de cumplir. Hay ciertos hábitos que en el afán de vender nos llevan a evitar fijar los límites; luego se indica que «hay que llegar a tal objetivo», pero eso sí, serán

otros los que se encargarán de cumplirlo. Tener una perspectiva realista no significa ser menos ambicioso. Es preferible marcar objetivos posibles y luego ser exigentes en cumplirlos que hacer cantos de sirena que luego no se pueden cumplir.

Medir implica que no se puede actuar desde el voluntarismo de intentar fijar metas sin especificar los medios para que se puedan llevar a cabo o la estrategia para hacerlo posible. Por explicarlo de un modo más gráfico, el general no puede decir simplemente a sus soldados «hay que ganar la guerra»: tendrá que fijar los medios, la estrategia para poder llegar a hacerlo, las etapas a cubrir... En la gestión actual a veces se funciona sin ese sentido de la medida y desde el mero deseo de llegar a una determinada meta como una mera declaración de intenciones.

Tener sentido de la medida significa que los objetivos a alcanzar deben estar en función del presupuesto que se asigna a conseguir dicho objetivo. No parece razonable marcarse como objetivo ganar el Mundial de Fórmula 1 si nuestro coche es un coche familiar. A veces nos planteamos cosas absurdas de este tipo. Hay que ajustar los objetivos a los medios.

El medir también implica un significado del orden y no tanto como sentido del mando como de mantener las cosas ordenadas. Conocer las capacidades de las personas que participan en un proceso productivo puede llevar a aprovechar al máximo sus posibilidades. Desde ese conocimiento habrá que definir con claridad las tareas que corresponden y los procesos de interrelación para que ese organigrama funcione correctamente.

Debemos ser lo suficientemente humildes para ver que las personas que participan en los diferentes procesos pueden aportar ideas para mejorarlos. Se hace preciso evitar cualquier tentación de arrogancia estableciendo canales para que esas ideas puedan fluir en el beneficio general.

El sentido del orden debe poder conjugarse con el de la participación. Será conveniente fijar una línea directriz por parte de las personas a las que corresponde tomar esas decisiones, ya sea en el ámbito ciudadano (clase política) como en el de la empresa. El liderazgo social implica tanto la capacidad para marcar la línea a seguir como la de aunar voluntades para llegar a esa determinada meta. El líder, para serlo, debe estar en contacto con el medio social: muchos liderazgos han fracasado cuando han perdido esa capacidad de contacto.

En la comunicación también se hace necesario un sentido de la medida. Hay que tener canales que nos permitan escuchar a aquel que tiene algo interesante que decir, evitando la comunicación contaminada por ser exclusiva de una parte que pueda tener unos determinados intereses. Para gestionar un medio social hay que tener una capacidad de persuasión, de contacto social y de expresión, pero tal vez más importante incluso que eso es tener la capacidad para escuchar a aquellos a los que se dirige. La ciudadanía puede comprender que un determinado dirigente no le dé soluciones a sus problemas pero entiende mucho menos que le dé la espalda en momentos que pudieran considerarse especialmente delicados.

El sentido de la medida también nos lleva a cuestionar nuestra relación con el medio natural. También aquí se hace necesario entender que esos recursos no son ilimitados y que se deben gestionar y administrar con prudencia. Hay que modificar estilos de vida que nos llevan a derrochar esos recursos con la inmadurez propia del que los cree inagotables o simplemente mira solo su presente al modo de un niño que no ha madurado bastante. Medir significa saber de cuántos recursos disponemos y por cuánto tiempo.

La crisis económica actual ha llegado porque durante mucho tiempo el medio social ha vivido de espaldas a su propia realidad, derrochando lo que no tenía. Este mismo argumento se puede utilizar en el plano de los recursos naturales.

Se hace necesario establecer mecanismos reguladores y cambios paulatinos en nuestros modos de conducta. Creemos que vamos avanzando en esa dirección y podemos ver cambios en nuestros modos de vida respecto a los que tenían otras generaciones. Conceptos como el reciclaje han entrado en nuestra cultura cuando antes no se tenían. La pregunta es en qué medida esos cambios son suficientes o se hace necesario introducir otros nuevos.

Sin embargo hay que tener en cuenta que en demasiadas ocasiones existe algo que podríamos denominar un «ecologismo urbanita de fin de semana» que entra en contradicción con los intereses de las personas que residen en el medio natural, en los pueblos. Es necesario compaginar el desarrollo económico y social con una explotación controlada y racional de los recursos naturales.

Podríamos decir que todas las cosas suelen tener algún grado de inconveniente que de uno u otro modo deberemos asumir. Así, si apostamos por las energías naturales y dentro de ellas se encuentra la energía eólica, tendremos que soportar la presencia de molinos de viento que generen dicha energía. A la vez habrá que buscar establecer mecanismos para reducir nuestro gasto energético.

Hay que tener en cuenta que el resultado numérico de una medida (un 7,2 por ejemplo) no tiene valor en sí mismo. Los datos únicamente tienen sentido y valor cuando son interpretados. En el ejemplo que aludimos no es lo mismo que ese 7,2 sea el resultado de una escala de 0 a 10 que de una de 0 a 100, pero tampoco es lo mismo que se aplique a la amabilidad con la que nos han tratado o a la calidad del producto. Hay excesivos modelos mecánicos que tratan de suplir la propia incompetencia con datos, con números que se auto explican. Para mí es algo así como intentar descubrir el autor de un crimen por el número de balas que ha disparado y el calibre de las mismas. Con todo ello queremos decir que a la medida de las cosas hay que darle un sentido y

que ello se hace a través de la interpretación de los datos. No tiene mayor sentido una medida en sí misma aunque la presentemos con muchos colores y de la forma más llamativa posible.

Desde una correcta interpretación de la sociedad actual, de sus modos de conducta, de sus recursos, de sus medios... podemos tratar de establecer planes para el futuro. Todo ello desde nuestra propia modestia de saber que el futuro es poco predecible por mucho que el ser humano trate de hacerlo a través de las más diferentes vías y recursos. Ese futuro se nos escapa una y otra vez, a pesar de nuestros intentos de atraparlo. En ese intento están desde aquellas disciplinas que denominamos científicas a aquellas otras a las que no se concede esa caracterización. Sin embargo podemos decir que el éxito de la ciencia médica en predecir el avance de una determinada enfermedad o una pandemia es más bien limitado (para nuestra fortuna así lo ha sido en la gripe aviar, lo que supuso gastos importantes en las administraciones públicas). También lo es la ciencia económica en cuanto a predecir la evolución de los diferentes indicadores en la actual crisis o la física en pronosticar terremotos o la erupción de los volcanes. En la investigación social puede suceder algo de esto mismo aunque tal vez el criterio con el que se nos evalúe resulte más severo.

Con todas nuestras limitaciones, sin embargo, entiendo que no debemos renunciar a prever el futuro, para en función de ello establecer planes para llegar a alcanzarlo lo mejor posible. Nos puede ayudar a poner los medios para corregir desviaciones y mejorarlo. Conviene que nos fije horizontes contribuyendo a evitar la sensación de que estamos en un medio social que carece de límites.